CINECLUB NUCLEO **www.cineclubnucleo.com**	Temporada Nº **56** Exhibición Nº **7223 7224** Cine **GAUMONT**
◻ Fundación sin fines de lucro ◻ Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes ◻ Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes ◻ Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires	

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com	Buenos Aires, martes 1º de diciembre de 2009 Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

EL ÚLTIMO APLAUSO

(Argentina – Alemania – Japón / 2009)

Dirección: GERMÁN KRAL. *Fotografía*: Ricardo DeAngelis, Sorin Dragoi. *Montaje*: Ulrike Tortora. *Cámara:* Pablo Rocco. *Sonido:* André Bendocchi-Alves , André Bendocchi-Alves, Claudia Enzmann, Christoph Merkele, Sven Mevissen. *Intérpretes:* Cristina de los Ángeles, Inés Arce, Julio César Fernán, Abel Frías, Orquesta Típica Imperial, Omar Garré. *Producción:* German Kral, Wolfgang Latteyer. *Producción ejecutiva:* Miwako Fujioka, Hugo E. Lauría, Akihiro Satô, Michio Suzuki, Hiroshi Kawai. *Productoras:* Estudio Massa, German Kral Filmproduktion, Happinet Corporation, Indiecito, Monogatari, Sogecine. *Duración original*: 88’.

Este film se exhibe por gentileza de Indiecito S.A., Estudios Massa, Monogatari S.R.L. y Distribution Company

El Film

Durante muchos años hubo en Pompeya un bar muy especial llamado “El Bar El Chino”. El bar llevaba el nombre de su dueño quién en realidad de chino no tenía nada. Se llamaba Jorge García y era hijo de españoles que habían inmigrado a la Argentina. El Chino era un hombre muy especial, para quien lo único que importaba en su vida, además de su hijo, era reunirse con sus amigos a cantar tango. Y eso era lo que hizo todos los viernes durante más de 30 años. Acompañados sólo por una guitarra y El Chino en la puerta del bar no poco vino, amigos y vecinos se reunían todos los viernes a cantar tango en su bar.

En los últimos años, sin embargo, el Bar del Chino se había vuelto tan famoso, que era necesario reservar mesa con anticipación, para poder encontrar, al menos, un lugar apretado en una esquina del salón. El secreto del éxito era sin dudas la autenticidad de los cantantes, quienes cantaban junto al público y sin micrófono, provocando la sensación de estar “entre amigos” que era el sello que tenía el bar…

El 21 de agosto del 2001, unos meses después de la muerte de su único hijo, El Chino murió sorpresivamente. Ese mismo día, su Bar comenzó a morir también: mala administración y peleas internas entre los nuevos dueños y los cantores alejaron al público hasta que unas pocas semanas más tarde, el bar quedó vacío. A partir de entonces, los cantantes, algunos de los cuales habían cantado en el bar durante casi treinta años, dejaron de ir, sin tener otro lugar donde poder cantar.

<u>Cristina de los Ángeles</u> canta desde que era niña. Grabó algunos discos, vivió muchos años en Nueva York y algunos en Perú, pero nunca encontró ni verdadera fama, ni un amor duradero. Todas las noches, en el Bar el Chino, Cristina abría el show con las mismas palabras: “¡Si me aplauden, pierdo la timidez!” Y luego de un caluroso aplauso del público comenzaba a cantar algunos de nuestros tangos más bellos como “Garganta con arena”, “Mi ciudad y mi gente”, “Malena”, “Los mareados”, “Qué buena fe”, etc. Cristina siempre cuenta que para ella, el Bar El Chino era “su casa”.

<u>Inés Arce</u> canta desde los cinco años. A los ocho años ya cantaba en la radio y llegó a formar parte del coro de niños del Colón. Cuando se casó con Pepe dejó de cantar y recién retomó el canto a los 48 años. En el Bar El Chino, donde cantó todos los fines de semana durante 28 años, la llamaban, por su voz tan especial, “La Calandria”. Inés nunca llegó a ser famosa, pero sí muy querida. Cada vez que ella terminaba de cantar, el bar Cristina, Horacio y Abel explotaba en aplausos. Y hasta José Sacristán la convocó para que cantase durante una lectura de poemas que él hizo en Buenos Aires.

<u>Horacio Acosta</u> era hijo de una familia de guitarristas que habían tocado con los cantantes más importantes de la época de oro del tango. Horacio comenzó a cantar a los cuatro años y no paró jamás. Cantó toda su vida en teatros y cabarets. Tuvo su momento más emocionante cuando cantó en el Luna Park y la gente se puso de pié para aplaudirlo. Horacio vivía bien con su familia hasta que su mujer murió. Él nunca pudo recuperarse del golpe y

lentamente lo fue perdiendo todo. Sin poder pagar la hipoteca de su casa, vivió sus últimos años en una habitación de material construida en lo que eran los fondos de su casa, que también tuvo que vender. Horacio cantó más de 20 años en el Bar El Chino.

Walter Barberis vino después de la guerra de su Italia natal a Buenos Aires. Desde su juventud tocó la guitarra y cantó. Cuando ya de grande descubrió el Bar El Chino, en el que su hijo solía cantar tango, se enamoró del bar y comenzó él también a cantar allí. Walter solía hablar del dolor del desarraigo como una fuerza creadora. También le gustaba decir que muchos de los mejores tangos habían sido escritos por los hijos de los inmigrantes italianos... Y tenía razón.

Julio César Fernán era uno de los jóvenes más prometedores de los años ’70. Comenzó cantando Folklore y debido a su voz privilegiada, Silvio Soldán lo invitó a cantar a “Grandes Valores del Tango” y hasta llegó a cantar con Troilo en Mar del Plata. Pero por esas cosas de la vida nunca llegó a ser famoso. Julio vivió los últimos 23 años con su madre, a quien nunca dejaba sola. El Bar El Chino era para él, un lugar adonde terminar las noches entre amigos y tangos.

Abel Frías, guitarrista autodidacta, nació en Madariaga y vino de joven con una guitarra, que él había encontrado rota y arreglado años atrás, a Buenos Aires. La vida en Buenos Aires no fue fácil. Recorrió durante años el Gran Buenos Aires de boliche en boliche cantando folklore. Muchas veces lo que ganaba ni le alcanzaba para pagar el colectivo de vuelta a su casa. Abel se hizo amigo de El Chino y durante 18 años consecutivos tocó todos los fines de semana en su bar. Abel era también buen amigo de todos los cantantes del bar. Los conocía tan bien, que cuando se daba cuenta que estaban mal de la voz, les bajaba los tonos. El Bar El Chino era su mundo. Una semana después de la muerte de su amigo, Abel abandonó el bar y nunca más volvió.

Orquesta Típica Imperial es una agrupación de jóvenes músicos argentinos, que encontraron en el tango una música con gran identidad en la que se distinguen como intérpretes, arregladores y compositores, con un estilo marcado, lleno de una riqueza armónica y rítmica capaz de producir fuertes emociones en el público. La Orquesta típica, surgida en la época de oro del tango, es una de las formaciones más evolucionadas dentro de la música popular. La Orquesta Típica Imperial retoma esa formación con cuatro bandoneones, cuatro violines, contrabajo, piano y cantante y, partiendo del compromiso con un sonido puramente tanguero, continúa el desarrollo del género. La OTI se ha presentado a lo largo de sus giras europeas en escenarios tan importantes como el Festival de Jazz de Montreal, el Summer Stage de Quebec, el Lincoln Center Out of Doors de New York, el Chicago Cultural Center, los teatros Kit Tropentheater y De Doelen de Holanda, el Nacional Palace of Cultura de Sofía, el teatro Victoria Eugenia de San Sebastián, entre otros, además de los festivales de tango más importantes en Argentina y otros países de Latinoamérica y Europa.

“**El último aplauso** comenzó para mí durante el siglo pasado. A fines de 1999 mientras preparaba mi viaje a Buenos Aires, la ciudad en la que nací y crecí, la directora alemana Doris Dörrie, que fue profesora mía en la Escuela de Cine de Munich y que había visitado hacía poco Argentina, me dijo: “Germán, en Buenos Aires tenés que ir a un bar muy especial y hacer una película sobre él”. Se trataba de un bar realmente especial, llamado Bar El Chino, en un típico barrio de Buenos Aries adonde jamás había ido, Pompeya. Desde el primer momento en que entré al Bar El Chino, el ambiente y su gente me fascinaron. El modo directo y sin pretensiones de cantar tango, el carisma de su dueño, El Chino, con su voz de porteño de pura cepa, la cercanía entre el público y los cantores, los cuadros y las fotos colgadas en la pared sin que a primera vista hubiese ningún otro sentido estético, que el más absoluto azar. El Bar El Chino conquistó mi corazón desde el primer encuentro. Y como lo que más me gusta en el mundo es hacer películas, mi primer impulso fue comenzar a filmar. Aquél verano de fin de siglo filmé y filmé, visitando a los cantantes en sus casas y en el bar, preguntándoles acerca de sus vidas y de su amor por el canto y especialmente por el tango. Mi idea era volver cuanto antes a Buenos Aires y terminar de filmar un documental sobre el bar. Pero cuando volví en agosto del 2001, ya todo había cambiado. El Chino estaba enfermo e internado en un hospital, su único hijo había muerto hacía pocos meses y una densa atmósfera de tristeza y crisis flotaba por toda la ciudad. Durante algunos fríos días de agosto del 2001 filmamos con los cantantes en sus casas y en el bar. Poco después me fui de Buenos Aires con una extraña sensación y algunas semanas más tarde, de vuelta en Alemania, me enteré que El Chino había muerto. Recién pude volver a filmar a Buenos Aires en noviembre del 2003. Sin embargo todo había cambiado completamente para entonces. Los nuevos dueños, Delfina, la viuda del Chino, y su nuevo socio, habían tomado la dirección del bar. A partir de aquél momento, varios de los cantantes más destacados y queridos por el público se habían peleado con los nuevos dueños y dejado de ir. Esto en sí hubiese sido quizá triste, pero no trágico. La tragedia de esta nueva situación consistía en que algunos de esos cantantes habían trabajado durante más de 26 años en el bar y no sólo habían perdido una importante fuente de ingresos, sino que además no tenían ahora ningún lugar dónde poder cantar.

En el 2006 y gracias al interés y la colaboración de la productora Happinet Corporation de Tokio, el instituto de cine de la Argentina (INCAA) y los institutos de cine alemanes FFF Bayern y FFA pude volver a Buenos Aires a terminar de filmar la película. Creo que mi motivo más íntimo fue tratar de fijar en una película, la vida, las historias y las voces de esos cantantes tan especiales, antes de que el tiempo y el desinterés las borrasen, quizá para siempre. Fue entonces cuando descubrí a los jóvenes músicos de la Orquesta Típica Imperial, a quienes les fascinó el proyecto y comenzaron a trabajar con alegría y entusiasmo junto a los cantantes del Chino. También tuve la gran suerte de que el conocido músico y compositor argentino Luis Borda, se sume al proyecto como productor musical. Fue así que Cristina, Julio e Inés tuvieron la posibilidad de cantar nuevamente sus tangos más queridos y recibir una vez más el tan deseado aplauso del público.

La filmación con los cantantes y los músicos de la Orquesta Típica Imperial fue uno de los momentos de más alegría de todo el rodaje. Los cantantes disfrutaban verdaderamente de poder cantar con una orquesta con la formación de las orquestas de tango tradicionales, y para los jóvenes músicos era una experiencia nueva y fascinante, poder tocar con cantantes con tantos años de experiencia. Hacer películas es una profesión realmente dura: las dificultades para conseguir financiación, la incertidumbre sobre si una idea va a poder transformarse en una película que interese a la gente, o si todo el esfuerzo de tantas personas va a acabar quizá en la oscuridad de un cajón de escritorio, sin poder ver jamás la luz del proyector... Muchas veces durante todos los años que duró la realización de esta película, en la soledad de la noche, me he preguntado si acaso tiene sentido este camino que he elegido, y que es a veces tan difícil de recorrer.
Para mí, hace ya casi 20 años que vivo en Alemania, volver a encontrarme con la música de Buenos Aires, esa música que llevo tan dentro de mí como mi lengua materna, fue una inmensa alegría. Pero poder además ser testigo directo de la alegría de nuestros cantantes al volver a hacer aquello que más les gusta en la vida, aquello que les da fuerzas para seguir cada día a pesar de tantas dificultades, y que no es otra cosa que simplemente cantar, eso sí que fue una de las experiencias más valiosas de mi vida. Uno de esos momentos en los que uno piensa, que no hay en el mundo una profesión mejor que la de hacer películas y poder fijar en el tiempo, aquello que de otro modo, se perdería para siempre."

(Información sobre el film y declaraciones del director extraídas del *pressbook* del film)